

dar bajo las ventanas de tu hermosa, sin correr ni aun el riesgo de acatarrarte. . . Sueña, pues, amigo mio, y si tu aventura toma mayores proporciones y yo puedo serte útil en alguna cosa, piensa en mí . . .

Los dos amigos cambiaron un apretón de manos, y hasta que hubieron llegado á casa de la madre de Edmundo, que vivia en la calle de los *Tres Hermanos*, no se volvió á hablar de la señorita Devaux.

Llegados que fueron á la puerta de la casa de la señora de Péreux, Gustavo se despidió de Edmundo.

—¿No subes á ver á mi madre? preguntó éste á aquel.

—No, no tengo tiempo.

—¿Pues á dónde vas?

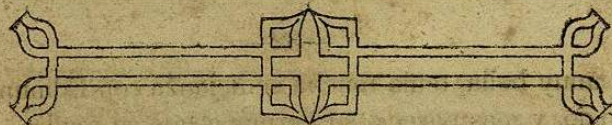
—Voy á casa de Nichette, á quien hace dos días que no veo.

—¿Cuándo nos verémos?

—A la noche sin falta.

—Te espero: hasta la noche!

Se apretaron la mano ambos jóvenes, y se separaron.



CAPITULO III.

UNA JOVEN MADRE.

Edmundo atravesó un ancho zaguan, tomó por una escalera que se hallaba á la derecha; subió dos tramos; llamó en una doble puerta, y preguntó al criado que vino á abrirle:

—¿Está en casa mi madre?

—Sí, señor, contestó el criado.

Entonces pasó el joven por un estenso aposento elegantemente amueblado, y entró en un tocador, verdadero tocador de muger, tapizado de alto á bajo con una rica tela de seda, fresco y sombrío, adornado con todos esos accesorios inútiles, tales como juguetes chinescos, flores, porcelanas, de los cuales, las costumbres de las mugeres elegantes han acabado por hacer cosas indispensables.

Cerca de la ventana entreabierta una muger se hallaba sentada en un butaque, y bordaba inclinada sobre un bastidor.

Esta muger tenia treinta y nueve años y á lo mas representaba treinta y cinco. Era todavía

muy bella, tenia mucha semejanza con Edmundo, y mas parecia su hermana que su madre.

Estaba adornada con una especie de coquetería; vestia un lindo trage de muselina, y su tocado lo formaba una de esas encantadoras fallitas de encages y listones, que las mugeres sostienen sobre su cabeza, no se sabe cómo.

Cuando Edmundo entró, la señora de Péreux levantó hácia él sus ojos llenos de indescriptible dulzura, y una sonrisa de placer iluminó su rostro; sonrisa no solamente de ternura sino casi de amor.

Vamos á tratar de hacer comprender hasta donde nos sea posible, lo que la madre y el hijo eran el uno para la otra.

La señora de Péreux se habia casado muy jóven, á la edad de diez y seis años; á los diez y siete tuvo un hijo, que era Edmundo, y no tenia veinte cuando el señor de Péreux murió.

La señora de Péreux habia amado á su marido, al principio por deber, luego por costumbre y al último por afeccion. Lo lloró sinceramente cuando murió, y al contrario de como hacen las viudas jóvenes, no pensó ni en su nuevo casamiento, ni en usar de la libertad que le concedia su estado. Era bella, demasiado bella, y los pretendientes no escasearon; pero los pretendientes fueron rechazados.

Sin embargo, á la edad que la señora de Péreux tenia, es necesario que esa necesidad de

amor, que Dios ha puesto en todos los corazones nobles y juveniles, tenga algun objeto, si no es que una persona. Edmundo, pues, ocupó el corazon entero de su madre.

En aquella época Edmundo era muy débil: contaba tres años, tenia necesidad de los mas tiernos y maternales cuidados, y la señora de Péreux se consagró enteramente á él y esto sin hacer sacrificio y ni aun esfuerzo. De esta manera fué educado el niño, y creció al calor de aquella ternura continua; y no habiendo, por decirlo así, conocido nunca mas que á su madre dedicó á ella sola la doble afeccion que la naturaleza ha puesto en el alma de los niños por los que les han dado la vida.

La señora de Péreux renunció con esto al mundo, ó á lo ménos al mundo de los salones y de los bailes.

Un pequeño círculo de amigos, de los que mas queridos fueron de su marido, á los cuales consultaba á menudo sobre la educacion que convenia dar á Edmundo, formaba toda su sociedad.

Bajo esta amorosa vigilancia creció el niño.

Cuando tuvo quince años, como hemos visto en el primer capítulo de esta historia, ella cedió á los consejos de sus amigos, y puso á su hijo en el colegio, á fin de que, en la completa sociedad de los hombres, tomase poco á poco un carácter mas grave.

Los cuidados que la joven madre prodigó á su hijo hasta en el colegio, son indescriptibles. Iba á verlo casi todos los dias, y experimentó un vivo y profundo sentimiento de amistad y reconocimiento hácia Gustavo, cuando Edmundo la refirió la proteccion que este nuevo camarada le dispensaba.

La primera educacion que el joven recibió, enteramente femenil, habia hecho nacer en su alma una grande necesidad de expansion, de simpatía y de confianza, que consagró enteramente á su madre. Hay que añadir á esto un no sé qué de sentimental, que habia en su corazon, una melancolía natural, una poesia innata, que hacian de Edmundo un ser dulce y afectuoso; el alma de una muger bajo la cubierta de un hombre!

Amaba á su madre como ésta lo amaba á él; es decir, que veia en ella otra cosa que á la muger que lo habia arrojado al mundo. Además, cuando llegó á la edad en que se piensa, cuando recordaba los cuidados de que su madre lo habia rodeado, comprendió el enorme sacrificio que ella le habia hecho, consagrándose enteramente joven, bella, pretendida y rica, como habia quedado á la muerte de su marido, á la educacion de su niño.

Así, pues, en esa época de la vida, en que el hombre siente en su corazon un vago deseo de amar á otros seres que los parientes, Ed-

mundo, que como todos los jóvenes lo experimentó, sintió que su corazon, aunque en diverso sentido, por decirlo así, adquiria nuevas fuerzas, nuevo amor hácia su madre.

En efecto, aquella madre, que era todavía joven, que era muy hermosa, que no amaba á nadie mas que á él, que hubiera podido ser su hermana, y que podia aun inspirar amor, llegó á ser la confidente de las primeras impresiones de su hijo.

Con la mas candorosa naturalidad, y sin ninguna especie de vergüenza, él le preguntaba sobre lo que sentia, y ella se lo explicaba.

La intimidad del hijo y de la madre creció con aquellas confidencias, y Edmundo se puso á amar á la señora de Péreux casi como hubiera amado á una muger desconocida, la primera que habria hecho palpar su corazon. A su turno, ella estaba orgullosa de la hermosura y de los nobles sentimientos de su hijo, dotes que él la debía; y ese pequeño grano de amor terreno que queda siempre en el corazon de la muger, se mezcló á su afecto maternal, y le prestó un nuevo encanto.

Así, habia dias en que hubiérais tomado á la madre y al hijo por una muger y su amante; tanta dulzura, tanta confianza, tanta solicitud y ternura habia en sus conversaciones!

Las mas veces, Edmundo se reclinaba á los pies de la señora de Péreux, á la cual no podia

ménos de admirar; apoyaba su cabeza sobre sus rodillas y platicaba con ella durante esas horas mágicas de la juventud, haciéndola cumplimientos, como lo habria hecho con su querida, estrechando sus manos, abrazándola.

Mas tarde exigió que su madre concurriera á los bailes; estaba ufano de ella, y la mostraba con orgullo. Aquello era mas que amor; era devoción la que tenia por la señora de Péreux.

He aquí la razon por qué, cuando Gustavo queria impedirle que hiciera alguna cosa, como el lector habrá podido notar, no tenia mas que decirle estas palabras:

—“Eso afligirá á tu madre.”

Largo tiempo esta necesidad de amor no se manifestó en Edmundo mas que por una exageracion de sensibilidad, y su madre le bastó entónces; pero llegó un momento en que conoció que era á otras mugeres á quienes necesitaba pedir el cumplimiento de las sensaciones que aun ignoraba.

La señora de Péreux adivinó prontamente lo que pasaba en el espíritu de su hijo, porque se habia püesto meditabundo, y tenia vergüenza de estos pensamientos nuevos, porque al entregarse á ellos, le parecia que robaba á su madre. Entónces fué cuando la amorosa muger, cuya proteccion tenia un límite, confió Edmundo á Gustavo, y se lo recomendó.

—Vigile usted á mi hijo en sus primeras rela-

ciones, le dijo; ya sé cuánto lo ama vd., y qué deferencia le tiene á vd. él. Acuérdesse vd. de que su salud es débil, que su alma es tierna. . . . en fin, acuérdesse usted siempre. de cuánto lo amo. No tengo mas que decirle.

Gustavo habia prometido, y con todo su corazon lo que se le habia pedido, y desde entónces comenzó su amistosa vigilancia.

Indicarémos de paso, que Gustavo, de naturaleza ardiente y vigoroso, estuvo durante seis meses locamente enamorado de la señora de Péreux, á quien, se entiende, nunca habia hablado de este amor, que nació en el mismo colegio; pero aunque habia ya desaparecido, habia quedado en su alma un respeto, una religion profunda y entusiasta por aquella muger, primera que habia turbado sus sentidos.

Quedaba de este primer amor, poco mas ó ménos, lo que queda de un perfume que se ha evaporado solo. Ni la vista, ni la mano lo encuentran ya, pero se le siente siempre mas dulce tal vez desde que no existe visiblemente.

